



Reseña: Populismo en América Latina

Título: Populist Seduction in Latin America. The Ecuadorian experience

Autor: Carlos de la Torre

Edición: Research in International Studies. Latin America Series No. 32. OHIO University

Número de páginas: 185

Año: 2000

El populismo ha sido extensamente estudiado en las ciencias sociales, en particular, en un entorno fértil en procesos de este tipo como ha sido el latinoamericano. Si bien los primeros referentes históricos que dieron origen al término transcurrieron fuera de América Latina antes de la década de 1950 (el movimiento socialista utópico de intelectuales rusos, los movimientos rurales radicales del Medio Oeste de Norteamérica y experiencias diversas en Europa Oriental, Asia y África); la región ha visto cómo se ha desarrollado el término para calificar a fenómenos tan diversos como el batllismo, el cardenismo, los partidos apristas, el varguismo posterior al “Estado Novo” en Brasil, el peronismo en Argentina o el velasquismo, el cefepismo y el roldosismo en Ecuador. Tan peculiares experiencias y disímiles fenómenos han sido reconocidos bajo una misma categoría que pareciera abarcar todo. Como señaló el profesor Isaiah Berlín en una conferencia realizada en Londres en mayo de 1967 al referirse al populismo: “[...] existe un zapato -la palabra populismo- para el cual (hay) un pie en cada lugar [...] Existen toda clase de pies que casi lo pueden calzar, pero no nos deben engañar estos pies que casi ajustan a su medida. [En algún lugar] espera un pie denominado populismo puro [...]” (Mackinnon y Petrone, 1999, p. 11).

Tres características han destacado al populismo como término: su vaguedad, su imprecisión y su variabilidad. Y es que “[...] a la oscuridad del concepto empleado se une la indeterminación del fenómeno al que se alude [...]” (Laclau, 1978, p. 165). Bajo el nombre de populismo se han etiquetado regímenes políticos, formas de gobierno, tradiciones de pensamiento político, estilos de liderazgo, movimientos y partidos políticos,



ideologías, modos de participación política de las clases populares urbanas, actitudes discursivas, políticas públicas y programas de gobierno. Esa vaguedad del término ha llevado más a la confusión que a la simplificación de lo que se quiere ordenar, describir o explicar con la utilización del concepto. Los que hablan de populismo saben intuitivamente lo que éste significa pero se enfrentan a la dificultad de construir el concepto, explicar su contenido, establecer las relaciones entre los elementos componentes del mismo, la jerarquía y los vínculos (Mackinnon, et al, 1999, p. 12).

En las dos últimas décadas del siglo XX, al problema de la definición del populismo como categoría analítica, se le ha agregado la emergencia de fenómenos que a simple vista parecieran ser ejemplos de ello pero que las primeras reflexiones académicas han mostrado que si bien ambos, el populismo y el nuevo populismo o neopopulismo, aluden a fenómenos que aparecen como similares, en verdad, son de naturaleza distinta. La imprecisión que caracteriza al término “populismo” se hace extensible a su descendiente más dilecto: el neopopulismo. En ambos casos se alude a fenómenos que en principio se aparecieron como similares pero que una mirada profunda muestra que tienen orígenes, características y desarrollos diferentes. Así, los académicos se enfrentan a la necesidad de responder en qué se parecen los liderazgos (o los gobiernos) de Menem, Fujimori, Bucaram o Chávez a los del peronismo o el velasquismo. Y si llegaran a concluir que efectivamente son diferentes; deberían señalar en qué se diferencian entre sí y con sus antecesores.

Estos interrogantes de carácter comparado suponen un ejercicio de distinción y precisión analítico-conceptual que ayude a identificar la naturaleza del fenómeno al que se alude. La Seducción Populista en América Latina se introduce en el marco de esa discusión con el objeto de reflexionar sobre las características

y peculiaridades del viejo y nuevo populismo en América Latina. El objeto de la obra es comprender el populismo desde su vinculación con el liderazgo. Si bien ésta no es la única manera de abordar el estudio del populismo, el autor se centra en cómo los líderes populistas apelan a sus seguidores, y lo hace desde una visión desapasionada, alejada de preconcepciones y estereotipos; en particular en un escenario como el ecuatoriano, fértil para este tipo de fenómenos.

En Ecuador, la producción sobre este tema ha adoptado estrategias analíticas diferenciadas y concentración en puntos de interés diversos. Un grupo de analistas se ha concentrado en explicar al populismo basándose en el análisis de las estructuras económico-sociales que le dieron origen. Un segundo grupo ha estudiado la percepción de los seguidores respecto a sus líderes y la articulación entre éstos y los recursos de poder como el clientelismo, descartando los presupuestos de irracionalidad de los sectores marginales y señalando la importancia de las organizaciones políticas en la “conquista del voto”¹. Una tercera línea de trabajo se ha centrado principalmente en analizar el discurso político y la relación entre líder y la masa a través del estudio de la ideología. Se parte de la idea de que el populismo, en tanto fenómeno ideológico, se caracteriza por “poner en escena” y dar forma discursiva a un dispositivo de interpretación particular que no se muestra representativo porque el dirigente político no se refiere a un actor preciso ni tampoco da un nombre específico a un adversario, ya que el líder se identifica con una totalidad completa, el pueblo, la nación o la patria (Guerrero, 1994). Dentro de este marco, se destaca el estudio de los dirigentes partidistas, se centran en el liderazgo populista (y con ello se incluye la relación con sus dirigidos, toda vez que un liderazgo se construye a partir de la vinculación que se tiene con los seguidores). Precisamente, la propuesta de De la Torre se centra en desarrollar una estrategia

¹ Menéndez. 1986. La conquista del voto. Quito: CEN; Burgwald, Gerrit. 1996. Struggle of the poor: Neighborhood Organization and Clientelist Practice in a Quito Squatter Settlement. Amsterdam: CEDLA; Cristina Larrea Killinger. 1996. “Liderazgo autoritario y violencia urbana: Un estudio de caso en Guayaquil”, Ecuador Debate 39 (diciembre): 174-199. Quito: Centro Andino de Acción Popular; Caroline Mosser. 1987. “The experience of Poor Women in Guayaquil”, en Archetti, Eduardo; Cammack, Paul y Bryan Roberts. eds. Latin America. New York: Monthly Review Press se han preocupado por el clientelismo político. Como señala De la Torre en un trabajo anterior, bajo los supuestos de Menéndez Carrión, “[...] las bases, lejos de ser irracionales, son una respuesta racional a las condiciones de precariedad estructural [...] en las que viven [...]” En: Carlos de la Torre. 1992. “Demagogia, irracionalidad, utilitarismo o protesta ¿Cuál es la seducción de los líderes populistas?”, en Autores Varios. Populismo. Quito: ILDIS, El Duende y Ediciones Abya-Yala.

de investigación que analice la creación social de los líderes populistas y que examine cómo los seguidores producen ciertos líderes en determinadas coyunturas históricas.

A partir de sus estudios anteriores sobre el velasquismo y el roldosismo ecuatorianos, el profesor De la Torre analiza el populismo como un fenómeno político moderno de carácter recurrente que no puede ser reducido a un momento histórico específico del desarrollo político de América Latina -apoyando la tesis de Laclau²- ni puede ser considerado como una disfunción en el paso desde una sociedad tradicional a otra moderna -a diferencia de lo que sostenían los analistas clásicos (Germani, 1968). Tampoco cree que pueda ser asociado con una situación anómala producto del rápido proceso de movilización política o a unas políticas económicas específicas vinculadas a la sustitución de importaciones. Según el autor, el populismo está asociado a la presencia de un liderazgo específico, de corte personalista y paternalista; junto a una coalición policlasista, heterogénea, concentrada en los sectores subalternos de la sociedad que generan un proceso de movilización política de arriba hacia abajo, que pasa por alto las formas institucionalizadas de mediación o las subordina a vínculos más directos entre el líder y las masas y que cuentan con una ideología amorfa o ecléctica, con un discurso que exalta los sectores subalternos o antielitista y/o *antiestablishment* y un proyecto económico que utiliza métodos redistributivos ampliamente difundidos con el fin de crear una base material para el apoyo del sector popular.

En el capítulo 2 de su obra, el autor se centra en un liderazgo histórico como el de Velasco Ibarra y analiza la emergencia del velasquismo en la política de masas en las décadas de 1930 y 1940. De la Torre estudia los patrones de violencia colectiva originados en la insurrección cívico-militar contra el régimen liberal y analiza el discurso de Velasco Ibarra como rasgo constituyente del populismo clásico ecuatoriano. El liderazgo velasquista se caracterizaba por un discurso retórico que

interpelaba a sus seguidores citando a Voltaire, Montesquieu o a De Gaulle; que apelaba a la filosofía para llegar al “hombre” de los sectores marginados. Velasco Ibarra buscaba elevar el conocimiento de sus interlocutores, pero no “descendía hasta el pueblo”; sino que buscaba comunicarse con un vocabulario elitista, culto, a un pueblo que en buena parte no leía (y posiblemente tampoco lo haga ahora). Si bien el contenido del discurso era de carácter *inclusivista*, debido a que su mensaje se basaba en la incorporación de todos los sectores a la política a través de elecciones honestas, estas intenciones no llegaron a plasmarse en políticas de larga duración que hicieran que el mensaje dejara de ser tal y transformara a los sectores marginados en ciudadanos de pleno derecho. En este sentido, precisamente esto es lo que muestra un carácter más simbólico, expresivo, discursivo del populismo clásico ecuatoriano, más que institucional y estatal como han sido otras experiencias latinoamericanas (Burbano, 1998).

En el siguiente capítulo, De la Torre estudia el estilo de liderazgo de un nuevo populista: Bucaram. A diferencia de su antecesor, utiliza un lenguaje sencillo, chabacano a veces, lejos de lo culto e incluso antielitista. El estilo discursivo refuerza los valores tradicionales; integra sentimientos populares como la religión; radicaliza el elemento emocional; promueve el odio social hacia los grupos de poder; apela a recursos emotivos (llanto, odio, alegría); personaliza el mensaje con frases mesiánicas sencillas, de carácter directo, diciendo lo que los potenciales electores quieren escuchar pero de corte moralista y transgresor. Las diferencias discursivas entre uno y otro son claras. En este marco, el autor analiza la interrelación entre cultura política, populismo y vida política en el Ecuador actual; intentando mostrar cómo la figura de Bucaram ha permitido que las élites políticas e intelectuales se autoidentificaran como la encarnación de la modernización y el ideal democrático mientras se señala a Bucaram como la representación de lo incivilizado y lo detestable de la política actual.

² Laclau, ob.cit. Apoyando la postura de De la Torre también se encuentra el trabajo de Kenneth Roberts. 1999. “El neoliberalismo y la transformación del populismo en América Latina: El caso peruano”, en María Mackinnon y Mario Petrone, comp. 1999. Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta. Buenos Aires: Eudeba.



Así, el fenómeno roldosista se analiza desde su construcción discursiva y a partir de la apelación al pueblo como referente básico. Lo característico de ese mensaje es la promoción política de la figura ideológica del pueblo por encima de la división de clases. Pero este ingrediente por sí solo no supone un discurso populista, lo distintivo se encuentra según Laclau en “[...] una peculiar forma de articulación de las interpelaciones popular-democráticas [...] El populismo comienza cuando los elementos popular-democráticos se enfrentan como opción antagónica frente a la ideología del bloque dominante [...]” (Laclau, Ob Cit, 201). Así, puede haber un populismo de la clase dominante (si el bloque dominante está en crisis, un sector de ella puede hacer un llamamiento directo a las masas para desarrollar su antagonismo frente al Estado) y un populismo de las clases dominadas. No basta con apelar al pueblo como tal, sino que hay que presentarlo como antagónico a otro sujeto, por ejemplo a la ideología dominante o al bloque de poder que sustenta esa ideología. Se trata de hablarle al pueblo en nombre de sus contradicciones (no de clase) con la dominación existente.

El discurso del roldosismo fundamenta su retórica en el histórico enfrentamiento moral y ético entre el pueblo y la oligarquía. Para Bucaram, el pueblo es entendido como la encarnación de la auténtica nación-buena, justa y moral. En tanto, la oligarquía representa lo foráneo, lo inauténtico, lo injusto y lo inmoral. Pero, ¿quién es la oligarquía en el imaginario roldosista? La oligarquía asume diferentes encarnaciones en el contenido del mensaje, que va variando según lo considere el “Líder”. De esta manera, la oligarquía es quien Abdalá considere según la oportunidad del mensaje. No es un grupo específico y particular invariable en el tiempo sino que, dependiendo del momento en que se apele a este recurso discursivo, puede ser vinculado con actores y grupos diversos, por lo que supone un universo ambiguo. Bucaram emplea este tipo de recurso antagónico en sus discursos y, a través de ellos, interpela al pueblo en contra de un grupo dominante, normalmente, los miembros del Partido Social Cristiano y su líder, Febres. Así, la oligarquía -y, por tanto, los socialcristianos- se convierte en la culpable de todas las crisis del país.

En el último capítulo, se revisa la literatura reciente sobre el neopopulismo en América Latina con el objeto de mostrar cómo una serie de antiguas lagunas teóricas han reaparecido en la discusión académica. El autor reflexiona sobre la especificidad de la democracia en la región y las paradojas a las que se enfrenta la política actual con la presencia del populismo. Y, en ese sentido, De la Torre indaga sobre las tensiones, ambigüedades y vinculaciones entre la democracia liberal y el populismo y, con ello, profundiza en las particularidades de la relación entre ciudadanía y democracia, lo que convierte a esta obra en un libro de consulta obligada para cualquier estudioso de la ciudadanía en las democracias emergentes.

El autor señala que en esta relación existen dos tipos de posiciones. Por una parte, aquellos que ven al populismo como un fenómeno negativo, anormal, pasajero, como una interrupción aberrante del proceso de cambio social (Prefacio ix). Esto se debe a su origen, toda vez que éste apareció en las décadas de 1950 y 1960 en el contexto de la profunda crisis de la democracia liberal, después de la Primera Guerra Mundial, bajo la expansión del fascismo y la revolución rusa; lo que impactó de manera terminante sobre los regímenes de fuente liberal de la época, llevando a muchos intelectuales a calificar al populismo como una amenaza para la democracia liberal, generando esto la reacción de las élites que pasaron a convertirse en antipopulistas. Por otra parte, desde una visión contraria, se señala que precisamente su relevancia como fenómeno social radica en que ha sido una fuerza fundamental en la democratización de América Latina, puesto que incorporó a la gente común a la comunidad política y permitió que sectores tradicionalmente excluidos pudieran participar activamente en la política. A diferencia de la experiencia de los países capitalistas avanzados que incorporaron a las masas a partir de la extensión y profundización de los derechos ciudadanos desde lo civil a lo político, en muchos países de América Latina se los ha ido integrando a partir de la apelación a lo popular.

De la Torre sostiene que el populismo, tanto viejo como nuevo, es producto de una forma particular de incorporación de los sectores populares a la política (Prefacio xi).

El populismo impulsó la apertura de sistemas políticos hasta el momento cerrados, limitados, que no permitían la participación de sectores medios y marginados de la sociedad. Tuvo un efecto modernizador: de cambio del status quo. La cuestión está en que esa movilización se hizo por medio de movimientos políticos que, en muchos de los casos, iban en contra de las propias reglas del sistema y de la mano de un líder que apelaba a una fuerte retórica de corte popular. La incorporación de los sectores medios no se hizo a través de las instituciones democráticas sino contra ellas; a partir de la invocación a formas directas de democracia.

Si el populismo clásico fue un fenómeno democratizador en América Latina; entonces, las especificidades de ese proceso deben ser explicadas. Y, si ese populismo significó

un avance para la democracia, resta definir el efecto, y la medida de ese efecto, que los nuevos populismos tienen sobre las instituciones políticas de la región. Aún así, el defender esta posición -poco novedosa en términos comparados, pero arriesgada frente a otras posiciones más ortodoxas- lleva a que el conjunto de la obra de este autor se presente como central en la discusión sobre el populismo, en particular, porque esta es otra manera de contar la construcción de la ciudadanía en América Latina.

Flavia Freidenberg

Instituto de Estudios de
Iberoamérica y Portugal.
Universidad de Salamanca (España)